

LA CRUZ DEL PERÚ

Luis Millones
Hiroyasu Tomoeda

LA CRUZ DEL PERÚ



Sevilla 2011

Serie: Historia y Geografía

Núm.: 193

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)

Carmen Barroso Castro

Jaime Domínguez Abascal

José Luis Escacena Carrasco

Enrique Figueroa Clemente

M^a Pilar Malet Maenner

Inés M^a Martín Lacave

Antonio Merchán Álvarez

Carmen de Mora Valcárcel

M^a del Carmen Osuna Fernández

Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: *Cruz a la entrada de Huanta, departamento de Ayacucho*, por Mateo Millones Mayer

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2011
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <http://www.publius.us.es>

© LUIS MILLONES Y HIROYASU TOMOEDA 2011

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain
ISBN: 978-84-472-1345-0
Depósito Legal: NA-3682/2011
Fotomecánica: FOTOTEC, S.L.
Impresión: Ulzama Digital

ÍNDICE

Introducción	9
Nota preliminar	13
1. La predicación precolombina	17
2. La cruz de la conquista	49
3. La cruz de las idolatrías	59
4. Todas las cruces son nuestros abogados ante el Señor	71
5. Imágenes de la Fiesta de la cruz en Luricocha	97
Documentos y Bibliografía	113

INTRODUCCIÓN

Conocí a Hiroyasu Tomoeda en Ayacucho. Yo recién me estrenaba como Profesor de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, reabierta en 1959. En abril de 1964 le pedimos a Edilberto Lara Irala que nos enseñara quechua y el profesor nos citó en el patio de la higuera, en el local central de la universidad. Fuimos sus únicos alumnos durante varios meses y consolidamos una amistad que ha resistido sin altibajos hasta 2009, cuando Hiroyasu Tomoeda decidió partir a reunirse con sus ancestros. Vino al Perú a despedirse por apenas unas cuantas semanas. Como de costumbre, se alojó en mi casa y se escapó unos días al Cuzco. Cumplidos sus deseos, regresó a Lima, me dio los últimos encargos y quedamos de acuerdo en que concluiría el libro que empezamos juntos.

No puedo resumir la experiencia de todos estos años en un texto, que siempre será un marchito testimonio de las innumerables horas de reflexión conjunta, de trabajo de campo, de discusiones teóricas y de camaradería absoluta. Emparentado con actores de Noh, Hiroyasu Tomoeda tenía la sensibilidad estética a flor de piel y podía descubrir las variaciones musicales o poéticas que hubiesen pasado desapercibidas a cualquier antropólogo. Como prolongación de este arte, su manejo de los idiomas imprescindibles, quechua y español, hacía que los pueblos visitados lo adoptaran de inmediato.

Habiendo llegado al Perú como fotógrafo de la Misión de Tokio en los Andes, Hiroyasu Tomoeda estuvo por

mucho tiempo rodeado de arqueólogos, con la misión de registrar sus hallazgos. Quizá eso explique la minuciosidad de su etnografía, la pasión por el detalle significativo, la memoria sorprendente de los textos de las crónicas coloniales. Este registro mental, que le hacía ver detrás de las letras, lo llevó a vivir un romance especial con el fluir entre la fuente escrita y la tradición oral. En esta última, los músicos andinos tuvieron un lugar privilegiado. No fue extraño que violinistas, danzantes de tijeras, arpistas y charanguistas poblasen el departamento que ocupaba en la calle Santa Cruz de Miraflores, y que sus primeras citas y reencuentros se consumaran al lado de instrumentos musicales, comprometiéndose a asistir a festivales y conciertos. Con igual dedicación Hiroyasu Tomoeda leía y releía las crónicas y documentos coloniales, apenas subrayados imperceptiblemente con lápiz, o bien corregía sus apuntes, en español, quechua o japonés, que llenaban hermosas libretas de campo, forradas en tela y que daba pena tener que usar.

Lima nunca estuvo en los planes de investigación del equipo. La Costa Norte, Cuzco y Ayacucho fueron nuestros espacios familiares, aunque también, de tarde en tarde invadimos otros horizontes, especialmente si su carácter festivo o importancia simbólica despertaba nuestro interés. Es así como llegamos a Copacabana, a orillas del Titicaca, que fotografiamos desde la cumbre de los cerros cercanos, o caminamos sobre Tiwanaku, tomando muchas vistas de la «Puerta del Sol», sin que pueda dejar de mencionar la filmación de un documental en Monsefú o los días invertidos en Otuzco, en la sierra liberteña, donde impera la Virgen de la Puerta, cuya mirada temen sus creyentes, y muchos otros lugares donde la gente, el color y los sonidos nos auguraban una investigación útil e interesante.

Hiroyasu Tomoeda tuvo especial fascinación por Calca (Cuzco), donde unos amigos queridos le habían reservado una parcela cerca del río, con la utópica esperanza de

que se retirase en esa bellísima localidad, en lo que nunca podré averiguar si era algo más que un gesto de cariño. Alguna vez me dijo que le bastaba mirar a la gente y el paisaje, como si él mismo fuera parte de él. Otras veces en medio de la contemplación asomaba de golpe su erudición, cuando alguna asociación resultaba incompleta, o la información recogida no parecía reflejar la intensidad de una metáfora que adivinábamos, pero que no mostraba todas sus caras. Era entonces cuando de algún rincón de sus lecturas surgían personajes tan disímiles como el agresivo demonio de Thomas Mann que se muestra en Doctor Fausto y que nos servía para poner en contraste a los diablitos que bailan en Túcume y tienen más de picaresca española que del dogma católico. O bien mi colega podía recurrir a las primeras sirenas, aquellas que habían sido convertidas en aves antes de tener la cola de pez, y deslizarse sobre las olas de la mitología griega. Su rastro lo encontramos en las «tablas» de Sarhua y en los relatos de muchas partes de los Andes, siempre retozando en los mantiales o puquios de las alturas y enseñando a tocar los instrumentos, que los artistas andinos dejaban con mucha fe en las orillas.

Fue así como nacieron los libros que compartimos y así se explica el que presentamos ahora. Un amigo común recordaba haber declarado su amor a quien ahora es su esposa, un tres de mayo en Luricocha, y, dado que la localidad era terreno privilegiado en nuestras investigaciones, decidimos que la fiesta de las cruces podía satisfacer un viejo anhelo de estudio compartido y la nostalgia romántica de la pareja. Hiroyasu Tomoeda logró visitar el lugar en el 2008 y hacer un par de entrevistas, lo suficiente como para amarrar el compromiso. Un año después, después de haber trabajado con mi equipo, le entrego a él y a todos ustedes mi homenaje a su recuerdo.